

ASAMBLEA FINAL DE LOS EJERCICIOS DE LA FRATERNIDAD EN ESPAÑA
«PROSIGO MI CARRERA PARA ALCANZARLO»
(Ávila, domingo 13 de abril de 2014)

Ignacio Carbajosa: Completamos esta mañana este momento histórico: tener aquí a Julián en carne mortal, para responder directamente, sin trampa ni cartón, a nuestras preguntas.

El momento de la asamblea siempre se ha revelado como un momento utilísimo dentro de los Ejercicios, porque a partir de nuestras preguntas, dificultades, inquietudes, Julián tiene la posibilidad de aclarar lo que ha dicho estos días. Me permito un par de comentarios sobre las preguntas que nos han llegado. El planteamiento – un tanto problemático – de muchas de las preguntas recibidas describe lo que ha sucedido después de las lecciones: nos hemos desplazado respecto a nuestra experiencia. Pensemos en lo que ha acontecido en el salón escuchando a Julián, porque en ese instante nuestra experiencia no es problemática, más bien es la experiencia de alguien que se siente arrastrado por un atractivo, que es precisamente el punto de partida que Julián nos ha propuesto en la primera lección, hablando del canto “Ojos de cielo”.

El segundo comentario tiene que ver con las preguntas – prácticamente un tercio de las recibidas – que giran en torno a la cuestión de cómo hacer un juicio, de cuáles son los pasos de la experiencia. Estamos claramente ante una cuestión que exige un camino. El hecho de que haya tantas preguntas sobre este punto lo pone de manifiesto. Estos días, Julián ha puesto delante los pasos de este camino, y ahora se necesita un trabajo de nuestra parte, un trabajo que debemos retomar cuando llegue el cuadernillo con estos Ejercicios. Por tanto, la verdad de nuestro deseo de comprender se medirá por la seriedad con la que trabajemos sistemáticamente lo que Julián nos planteado, sin quedarnos en la mera intención de hacerlo.

La primera pregunta parte de uno de los ejemplos que has puesto, Julián, sobre los evangelios. Dice así: *Nos ha llamado mucho la atención el ejemplo de los discípulos con Jesús en la barca. Queremos comprender mejor tu insistencia. ¿Los discípulos no comprenden porque se han olvidado de los milagros ya sucedidos (sin memoria no hay experiencia)? ¿O porque no saben ver lo que los milagros significan (sin juicio no hay experiencia)? ¿O ambas? Y termina: Y supongo que no es un problema de coherencia porque tú lo has descartado.*

Julián Carrón: Partamos de lo que acaba de decir Nacho. Porque la primera cosa que tenemos que mirar es la experiencia que hemos hecho estos días juntos: si cada uno de nosotros se ha sorprendido, en algún momento de las lecciones, tal y como describía la canción de “Ojos de cielo”, como prendido por otra cosa. Si uno no se da cuenta de qué es lo que sucede allí, qué es lo que le ha permitido quedar cautivado, qué es lo que le ha permitido salir de la problematicidad, si no lo ha entendido allí, un instante después basta cualquier cosa para que la problematicidad venza. Y entonces ya estamos desplazados hacia la problematicidad y empezamos a lamentarnos, empezamos una serie de movimientos o de reacciones ante las cosas, sin darnos cuenta de que ya habíamos obtenido una respuesta en la experiencia a todas las cuestiones que surgen, a todas estas preguntas que surgen, en la experiencia de haber sido cautivados, atraídos por otra cosa que nos ha liberado de la problematicidad. Pero como no lo hemos entendido, como la reducción ha sucedido mientras estábamos viviéndolo, entonces empezamos ya a complicarnos la vida porque no hemos aprendido nada de la experiencia hecha. Porque no ha sido experiencia. O sea, el problema es la reducción de

lo que vivimos, que sucede, no después, sino mientras lo estamos viviendo. Porque si uno se da cuenta mientras sucede, la problematización que viene después le dura medio minuto, porque basta volver a lo que ha vencido la problematización un instante antes. Así uno no se complica la vida diciendo: “y ahora, ¿qué tengo que hacer?”. No. Lo que tengo que hacer es que vuelva a suceder lo que me ha sucedido hace un minuto, dejarme de nuevo fascinar por el acontecimiento.

¿Por qué Giussani (¡esto es ensimismarse con Giussani, amigos!) cuando todos se desplazan vuelve a ponernos delante a Juan y Andrés? Para que vuelva a suceder lo que os sucedió ayer, lo que nos sucedió a todos ayer volviéndolo a leer. Pero a nosotros este método no nos es familiar o pensamos que no es suficientemente incisivo, no es suficientemente concreto como para que cambie hoy. El inicio es siempre un acontecimiento; cuando yo me desplazo, la única cosa interesante es volver a aquel acontecimiento, volver a ponerme delante de él. Por eso decía Giussani: pero vosotros, ¿cómo podéis vivir, cómo podéis estar con vosotros mismos sin leer Juan y Andrés o sin leer el sí de Pedro?, ¿pero cómo podéis? Los publicanos, de hecho, no podían estar con ellos mismos sin volver a estar con Jesús. Y no porque tuvieran que volver: ¡no podían evitar que se despertaran en ellos las ganas de volver a estar con él! Sin embargo, ¿os dais cuenta de cómo decae el cristianismo, al pasar de un acontecimiento que constantemente sucede de nuevo, cuando lo dejo entrar, a una serie de cosas que tengo que hacer?

El problema es entenderlo; porque lo que tengo que hacer se llama memoria, que no es recordar el pasado, sino dejar que vuelva a acontecer en mí lo que de hecho está sucediendo ahora. La preferencia de Cristo por mí, de la que me he dado cuenta en un determinado momento, que entra en mi vida en momentos concretos (momentos que son como las puntas del iceberg: signo de algo más profundo y permanente), esta preferencia de Cristo por mi vida se llama elección: hemos sido elegidos. Y esto es lo que les pasaba a los discípulos también. Por eso, sin juicio no hay experiencia. Ellos participan en las multiplicaciones de los panes pero no juzgan, es decir, no comprenden qué es lo que está sucediendo allí: “Pero, ¿quién es éste?, ¿de dónde le viene esta capacidad de multiplicar los panes? No hemos visto una cosa igual en nuestra vida”. Estaban delante de un hombre que trascendía constantemente las posibilidades humanas, pero se quedaban solo en la apariencia, en la imponente multiplicación de tantos panes, sin entender: “¿pero cómo es posible que un hombre pueda hacer esto?”. No juzgaban, es decir, no se preguntaban qué dice este hecho del hombre que lo hace, como dirá después San Juan: «Si no creéis en mí, creed a las obras, las obras hablan de mí» (*Jn 10, 37*).

Si uno no crece en la conciencia de quién es ese hombre, cuando desaparece el eco sentimental es como si no dejara nada. Por ello, sin juicio no hay experiencia, y sin experiencia, sin el hecho juzgado, no hay memoria, porque la memoria conserva solo aquello que hemos aprendido, lo que hemos juzgado. ¿Por qué de tantas cosas que suceden en la vida nos acordamos solo de algunas? Suceden millones de cosas, ¿pero por qué algunas permanecen? No porque nosotros decidamos que permanezcan, no porque nosotros digamos: “ahora me tengo que acordar de esto”. No. Simplemente nos acordamos, nos sorprendemos de que nos acordamos, de que nos acompañan ciertos hechos, de que vuelven a nuestra memoria cuando afrontamos las circunstancias. ¿Por qué? Porque hemos aprendido algo, porque la memoria solo conserva lo que hemos aprendido. Y si no permanece nada es signo de que no hemos aprendido. Si un instante después nos complicamos, nos enredamos en la madeja de todas las cosas, es signo de que no hemos aprendido, no hemos juzgado. Basta que la vida nos desafíe para que nos

demos cuenta de que de aquello que hemos vivido no ha quedado nada. Nos encontramos solos de nuevo con nuestra impotencia.

¡Qué diferente cuando cualquier desafío de la realidad es una ocasión para darme cuenta de su presencia, como nos pasa tantas veces en la vida! ¿En quién pensáis cuando la vida os desafía, cuando tenéis una dificultad, cuando tenéis una buena noticia, cuando tenéis un dolor, en quién pensáis? En las personas que son significativas. No es que tengáis que hacer gimnasia mental: “¿Y ahora qué tengo que pensar?”. No, primero piensas en ella y después te das cuenta de que estás pensando en la persona que quieres, porque esa persona es tan significativa que puedes mirar la puesta de sol, estar preocupado o que suceda un imprevisto y te sorprendes dándote cuenta de quién te viene a los ojos, quién viene a la memoria. Cuando no te viene nadie, es porque no hay nadie. Es simple la vida. Pero cuando viene es porque esa presencia ha empezado a ser significativa.

Ignacio Carbajosa: Vamos a la pregunta estrella, sobre el juicio. Acabas de decir que sin juicio no hay experiencia, entonces: *¿Qué significa hacer un juicio?, ¿puedes poner ejemplos? No queremos llegar a los 70 años sin haber juzgado...*

Julián Carrón: Me parece que lo que hemos dicho ya explica bastante. Un juicio es hacer la comparación entre lo que vivimos y las exigencias que todos tenemos en el corazón. Pero hay un detalle sobre el que quiero insistir. Nosotros tantas veces decimos: “sí, muy bien, tengo el corazón con todas mis exigencias y tengo el hecho delante, pero...”. No, no basta. Porque a veces hacemos una reducción del corazón: lo reducimos a nuestros sentimientos, a nuestros estados de ánimos, a nuestros humores; y de la realidad hacemos otra reducción: la reducimos a apariencia, nos hacemos una imagen de la realidad. ¿Cómo evitar esto? Lo he explicado muchas veces con el mítico ejemplo del zapato. Yo me puedo hacer una imagen de mi pie y una imagen del zapato que me vale, pero cuando verdaderamente sé si me corresponde es cuando meto el pie en el zapato. Giussani lo dice muy bien. No se puede teorizar una cosa y la otra, son cosas que suceden simultáneamente. Cuando suceden simultáneamente, cuando el yo está implicado en lo que prueba, dice Giussani, es cuando yo no puedo reducir. Cuando meto mi pie en el zapato la imagen que yo me he hecho de mi pie o la imagen del zapato que me he hecho es sometida a la prueba, y de este modo veo si me corresponde o no. Es entonces cuando no puedo reducir el zapato a la imagen que me he hecho de él o mi pie a la imagen que me he hecho de él.

Todos vivimos y tantas veces nos hacemos una imagen de las cosas: si hago esto, si consigo trabajo, si hago este viaje, si me sucede esto en la vida... Y nos imaginamos nuestro yo, pensando que tiene una serie de exigencias que se podrían responder si yo hiciera ese viaje tan deseado. Pues muy bien, todo perfecto, funciona: en la imaginación todo funciona. Después el yo que soy, el yo real va de viaje y después del viaje dice: “pues no me resuelve nada”, o sea, el yo implicado en el viaje se da cuenta de que el viaje no resuelve nada. Esto es hacer un juicio en cada cosa. Vivimos la vida persiguiendo imágenes que se desinflan delante de nuestros ojos y nos hacemos cada vez más escépticos, porque hemos reducido las exigencias de nuestro yo y hemos inflado la realidad, como si la realidad pudiera responder a estas exigencias. Si uno no hace este trabajo de comparación y no aprende dónde encuentra correspondencia, estará siempre como el burro detrás de la zanahoria, persiguiendo imágenes que aunque las realicemos no consiguen responder. Por eso uno puede llegar a los 70 años y no haber aprendido nada. Como me sucedía cuando era profesor en el colegio: por la mañana tenía a mis alumnos que me llenaban la pizarra de preguntas y por la tarde recibía a los

de 70 años que me hacían las mismas preguntas de la mañana, tal cual. He aludido a los 70 años porque describe bien qué es la experiencia: no basta probar, no basta que uno pruebe cosas (durante 70 años), porque puede no aprender nada. Y tantas veces la vida la hacemos infinitamente más pesada, la vida se hace pesada porque no aprendemos. No insisto machaconamente en esto porque quiera regañaros. Me apremia deciros que si no aprendemos estas cosas la vida se hará infinitamente más difícil de soportar. Es un gesto de caridad. Lo que hace Giussani con nosotros es de una caridad tal que si nos diéramos cuenta verdaderamente nos pondríamos a llorar de gratitud. Pero nosotros pensamos que esto es para intelectuales, para gente extraña que se complica la vida, mientras que nosotros somos del pueblo y no necesitamos hacer esto, ¿no? A los 70 años nos vemos.

Ignacio Carbajosa: Entonces tenemos que hacer un camino para aprender. En este sentido va la siguiente pregunta: *Has dicho que no basta la espontaneidad y que hay que educar el corazón. Para esto, ¿basta participar en la vida del movimiento?*

Julián Carrón: Me gustaría que cada uno de vosotros, delante de las preguntas que os surgen, aprendiera a responder. Porque lo que yo deseo no es solo que me planteéis vuestras preguntas sino que aprendamos a responder. A uno que hace una pregunta así le diría: si un hijo tuyo te dijera: “para educarme, para aprender y para aprobar, ¿basta con ir a la escuela?”, ¿qué le diríais? Pues depende de lo que entiendas por ir a la escuela. Si ir a la escuela es ir a calentar la silla, pues evidentemente no; si ir a la escuela es ir a la escuela con todo lo que implica la escuela, entonces sí. Depende, por tanto, de lo que metamos en el “pack”. Si estamos participando en la vida del movimiento de un modo formal, como decía Giussani ayer, sin implicar toda la persona, entonces es evidente que no basta. Si se trata, en cambio, de participar en la vida del movimiento con la modalidad con la que el movimiento nos invita a participar, respondiendo a la provocación y a las propuestas que el movimiento nos hace, pues entonces sí basta, porque no encontraremos otro lugar educativo más completo y más evidente que el movimiento. Os desafío a que lo busquéis en la vida social o en la vida eclesial o donde queráis.

Pero la cuestión es: ¿qué entendemos por participar? ¿Es solo la espontaneidad de cuando me apetece? ¿Depende de las ganas, de alguna vez en la semana que voy a la escuela de comunidad? ¿Esto es participar? Depende de las urgencias que tengas. Por eso la pregunta es: ¿necesitas la escuela de comunidad para mirarte a ti mismo, para poderte mirar bien, para mirar a tu mujer, para mirar a tus hijos, para estar en tu trabajo, la necesitas? Entonces, si la necesitas, verás que no se trata de pura espontaneidad, se trata de la necesidad que tienes de dejar entrar en tus ojos otra cosa, que no puede nacer en tu cabeza. De hecho, la mayoría de las veces no nace en nuestra cabeza, porque estamos rodeados de una mentalidad totalmente distinta. Si nosotros no necesitamos (no como obligación, sino como necesidad), si no necesitáis leer a Giussani, leer su acento, leer su humanidad, aprender la modalidad con que se pone delante de las cosas, cómo mira, aprender una mirada... entonces os mirareis solo con vuestra pobre capacidad. ¿A mí que es lo que me encanta de Giussani? ¿Por qué me interesaba aprender con él a mirarme, dejarme mirar por él? Porque introducía algo que yo no me daba, que yo no tenía en mis ojos, que no era la forma mía normal, habitual. Cuando yo me dejaba llevar espontáneamente por lo que me sucedía, por lo que me sugería mi forma normal de estar en relación con las cosas y conmigo mismo, no me bastaba. Cuando, en cambio, dejaba entrar otra cosa, dejaba entrar su mirada, yo veía lo que sucedía.

Lo mismo sucede con la educación del corazón. Educar el corazón significa que yo no me contento con las reducciones de mi propio yo, que yo haga las cuentas con las

exigencias de mi corazón, que no las sofoque, que no las asfixie, porque solo quien no las asfixia tendrá el corazón despierto para interceptar la respuesta, como hemos visto en el capítulo octavo. Por eso es decisivo educarse, o sea, no tener miedo a la propia humanidad, no considerarla solo un obstáculo. A mí me ha salvado la vida, en gran medida, no haber tenido miedo a las preguntas, a estas exigencias del corazón. No decía que todo estaba resuelto cuando, de hecho, no estaba resuelto. Como me sucede ahora, cuando la vida me plantea tantas preguntas. A veces no tengo la respuesta a esas preguntas en la mano, y por eso las dejo abiertas. Y cuando uno tiene preguntas, la vida le habla más, se da más cuenta de las cosas. Cuando uno lee a Giussani le habla más, porque tiene preguntas. Los textos que os he leído los había leído ya antes, al menos uno, pero como ahora tenía preguntas me hablan mucho más. La vida es mucho más interesante si tengo preguntas y si me levanto por las mañanas con preguntas, y si rezo los laudes con preguntas y si leo la escuela de comunidad con preguntas, porque entonces todo me habla más. La vida es una aventura fascinante, si no, es un aburrimiento.

Ignacio Carbajosa: La siguiente pregunta es obligada, porque en las lecciones te has detenido en una frase de la que has dicho que hay que tomar buena nota: “Se identifica el remedio con la propia imagen y la voluntad de remediar”. *¿Qué posición ambigua, qué mentira desvela esta frase en nosotros? ¿Por qué has insistido en esta frase?*

Julián Carrón: Porque me ha llamado mucho la atención esta precisión con la que Giussani describe tantos de nuestros intentos. Pongo un ejemplo, aunque ya he puesto varios en lo que estamos diciendo. Imaginaros ahora que, como sucedió en el 68, nos hacemos una imagen de cómo resolver el deseo de liberación, que es algo que corresponde a toda exigencia humana, e identificamos el remedio a este deseo de liberación con una imagen y con la voluntad de remediar. Ahora nos encontramos con formas nuevas de este deseo de liberación. Imaginaos uno que, por el deseo que tiene de reconocerse a sí mismo, de descubrir su propia identidad, le viene a la cabeza la imagen de que el remedio sea cambiar de sexo. Entonces identifica el remedio con la imagen y con la voluntad de remediar esto llevando a cabo la imagen. Imaginaos la cantidad de esfuerzos, de sacrificios, de dolores – todos inútiles – para conseguir el objetivo. ¿Por qué son inútiles? No es porque diga que está mal moralmente. No me interesa nada, es lo menos interesante. Bastaría que uno no redujera al hombre, con su propia humanidad, a los factores psicológicos, biológicos o fisiológicos, y comprendiera cuál es la naturaleza de su humanidad, de su ser hombre, para que se diera cuenta de que identificar el remedio con la imagen y la voluntad de remediar es inútil. Pero todos sucumbimos de un modo o de otro, y acabamos identificando el remedio con una imagen y la voluntad de remediar.

Bastaría darse cuenta, como decía Pavese, que lo que el hombre busca en el placer es un infinito. Lo que la persona del ejemplo busca, aunque no se dé cuenta, a través de esa imagen que se hace de cambiar el sexo, es un infinito, y jamás se contentará con menos de este infinito. Bastaría que se diera cuenta de ello para que se sintiera liberado y dejara de perseguir una imagen que es incapaz de responder a lo que él en el fondo busca. Imaginaos qué sucedería si cuando nos hacemos una imagen, sucumbiendo a la idolatría, hubiera alguien que nos despertara, que nos hiciera conscientes de cuál es la naturaleza de nuestro yo. Parece nada, pero decidme si hay algo que pueda suceder en la vida más desafiante que esto. Por eso cuando Jesús, en el diálogo con la samaritana, la desafía a este nivel, está haciendo precisamente esto. O cuando Jesús pone sobre el tapete: ¿pero qué ganará el hombre si consigue el mundo

entero (una imagen) y se pierde a sí mismo? No es una cuestión moralista, es decir, que sea malo poseer el mundo entero. No. Es peor que moralista: es inútil. ¿Qué es lo que le puede desafiar más a un hombre que se da cuenta de que está persiguiendo algo que es inútil? Ningún moralismo ni ninguna predicación de ningún cura del mundo podrían tener más incidencia, ni podría socavar más esa búsqueda ansiosa de la imagen, que ponerle delante de esta pregunta.

Tantas veces nosotros queremos responder a las preguntas afrontando directamente la cuestión, mientras que Giussani dice: “No, la cuestión se resuelve profundizando en la naturaleza del sujeto”. Bastaría que cada uno viera cómo reacciona delante de estas cuestiones y cómo reacciona Giussani o cómo reacciona cada uno y cómo reacciona Jesús. Un abismo. Bastaría aprender esto para que nosotros fuéramos una presencia culturalmente significativa y no andar solo a la contra, contraponiéndonos pero participando de la misma reducción. Podemos enfadarnos porque algo se hace mal, porque se hace de este modo o del otro, pero en el fondo participamos de la misma reducción, porque cuando nos encasquillamos es porque ya hemos participado de la misma reducción. Entonces lo único que hacemos es cabrear al otro que se contrapone a lo que nosotros decimos en vez de plantearle una pregunta que le descuadre, una presencia original, no reactiva.

Ignacio Carbajosa: De entre las preguntas centradas en la compañía elijo una. *Has dicho que lo contrario de una compañía de borregos, es decir, de una compañía peligrosa, es estar juntos para aprender a juzgar todo, ¿puedes poner un ejemplo de esto?*

Julián Carrón: Lo que estamos haciendo es juzgar, ¿no? Para que os deis cuenta de que, sin juzgar las cosas, al final nosotros mismos participamos de la mentalidad de todos. Para juzgar no hace falta ir a Harvard, basta simplemente hacer la escuela de comunidad. Es sintomático, y para mí ha sido motivo de asombro, que hemos trabajado el capítulo octavo y en muchas ocasiones, en las cuestiones que nos desafían, es como si no tuviera ninguna incidencia. Parece una lectura espiritualista, está muy bien para hacer nuestros comentarios en la escuela de comunidad, cómodos junto a la chimenea, ¿no? Y luego, cuando hablamos con los compañeros de trabajo, o en la vida social, no tiene nada que ver. ¿Veis en qué consiste la reducción del espesor histórico del cristianismo? O sea, la escuela de comunidad está bien, es interesante, como es interesante el grupo parroquial.

El problema no reside en los gestos más grandes o más pequeños que hagamos después. El problema está en la cabeza. El problema es si nosotros descubrimos los criterios con los que vivir, si Jesús hace posible una experiencia, como decíamos ayer, de humanidad de tal calibre que se convierte en criterio para estar en la realidad. Porque solo Dios salva todos los factores de lo humano, solamente Jesús puede mirar así a la samaritana. Y uno se da cuenta de que Dios, el Dios que testimoniaba Jesús hace dos mil años, sigue presente, históricamente presente si hay personas en la realidad, hoy, que miran al hombre y a la mujer que tienen delante afrontando los problemas, no llevando a cabo la teoría de la antropología cristiana, sino afrontando los problemas con esta mirada.

Y para esto no hace falta hacer un máster. Necesitamos que la modalidad de percibirnos a nosotros mismos sea tal que no necesitemos protagonizar una cruzada contra nada. Bastaría con que alguien nos ayudara a descubrir quiénes somos, que nos planteara una pregunta que nos ayudara a descubrir nuestra propia humanidad. Entonces nos liberamos, comienza la liberación. O nuestra compañía es para esto o si no es

peligrosa, dice Giussani, porque estamos aquí como si estuviéramos en un rebaño. ¿Pero quién no desea que esto sea suyo, la modalidad normal con la que se relaciona con la realidad? Por eso Giussani decía: no vengo aquí a que vosotros retengáis o consideréis como verdadero lo que yo os diga, sino a ofreceros un método para que vosotros lo podáis verificar. Si nuestro estar juntos no es para esto, no es para aprender este método, estamos apañados.

Una de las cosas que más me ha llamado la atención en este año han sido los ejercicios del CLU. En la asamblea con ellos se plantearon muchas de las cuestiones que a vosotros os preocupan. Su humanidad es un lío de tal calibre, que se preguntan: ¿cómo puede ser mi humanidad el criterio de juicio? Por tanto concluyen que no pueden hacer experiencia, porque sin criterio de juicio no pueden hacer experiencia, y esto significa que no hay un criterio infalible con el que juzgar todo. Consecuencia: yo necesito a alguien que me diga lo que tengo que hacer, la parábola perfecta de lo contrario de lo que ha dicho Giussani. ¿Y qué es lo más llamativo? Que conozco a muchos de esos chavales, sé a qué colegios han ido, conozco a sus familias, y me pueden decir la escuela de comunidad de la A a la Z, pero luego no tienen clara ninguna evidencia fundamental, ni su humanidad, ni el criterio, ni la experiencia, ni nada. Cuando digo que perdemos el carisma por el camino, me estoy refiriendo a esto.

Hay un modo de hacer la escuela de comunidad que es inútil, como hay un modo de transmitir la tradición del movimiento que no transmite nada. Y no se transmite si no lo hacemos según la modalidad con la que el movimiento nos hace la propuesta: si no se hace experiencia y no se juzga, aunque te lo digan todo, después aparece toda una batería de preguntas que muestran que no hay nada claro. Por eso, como veis, muchas de las preguntas son las mismas. Hay un modo de estar juntos que puede ser peligroso, porque estamos bien, a gusto, pero no, no basta con esto para vivir, al menos a mí, no sé a vosotros. Y por eso si uno no se toma en serio el trabajo, si no aprende, el movimiento le desilusiona, como decía Giussani, porque piensa que ha llegado ya, en vez de seguir creciendo. Hay mucho mimetismo, mucho formalismo, tenemos que darnos cuenta de esto. Cuando digo esto no es para reprochar nada a nadie, es simplemente por una ternura hacia nosotros mismos. No podemos tratarnos así, no podemos querernos tan poco, porque está en juego nuestra vida, la vida de nuestros hijos, la vida de nuestros alumnos.

Ignacio Carbajosa: Pasamos a la sección “desafío de las circunstancias” o “chinas en el zapato”. *Querido Julián, tenemos la experiencia de que en situaciones muy duras de la vida experimentamos el abrazo del Señor, sin embargo, en el día a día, las chinas en el zapato nos determinan y no acabamos de ver la victoria de Cristo en ellas, con lo que se convierten en un peso y no nos permiten disfrutar de la alegría de la que nos has hablado. Te agradezco que nos ayudes a entender esto.*

Julián Carrón: A veces, cuando el desafío es enorme, por una enfermedad, por ejemplo, todos sacamos fuerzas de flaqueza, o sea, sacamos energías de donde no las hay. Tanto es así que a veces las personas te dicen, con una cierta tristeza: “siento que se haya acabado el momento crítico, dramático, porque tenía una tensión que ahora no tengo”. Por eso, el problema es la pesadez de lo cotidiano: si en lo cotidiano, en la vida cotidiana, no sentimos la urgencia de hacer lo que hacemos en los momentos donde tenemos verdaderamente conciencia de nuestra necesidad. Si delante del desafío de las circunstancias (que puede ser la pesadez de la vida cotidiana) no verificamos la fe, si la fe no es una experiencia presente confirmada en la circunstancia que estoy atravesando, en la que veo victoria de Cristo, entonces acabamos decepcionados. Pero si, cuando

sientes la necesidad, vuelves de nuevo a Él, le dejas entrar, entonces muestra su victoria según un designio que a veces no coincide con el nuestro. Y es que nosotros querríamos que todo se nos diera ya, aquí y ahora. Solo quien acepta aprender a obedecer a un designio que no es el suyo, confiado en la modalidad con que el Misterio nos lleva al destino, podrá ver la victoria cada vez más en la vida cotidiana. Quien piensa que esto es muy pesado y quiere buscar algún atajo... ¡adelante, que verifique si existe alguno!

Ignacio Carbajosa: La siguiente pregunta tiene que ver con esa inevitable iniciativa que todos tenemos ante la realidad, en nuestro quehacer, al movernos, con nuestras obras. *¿Cómo reconocer con certeza que lo que hacemos es por amor a Cristo y no un apoyarnos en la actividad para vencer nuestra inseguridad en nombre de Cristo?*

Julián Carrón: Basta que miréis a vuestros hijos. Basta que miréis cómo se mueven los niños cuando vais a casa de un amigo, porque allí se ve, es la fotografía. Si el niño tiene ya la certeza de ser querido, entonces todo lo que hace parte de esta certeza, se mueve con libertad, no depende de la aprobación inmediata. O, al contrario, está allí solo para conseguir ganarse el afecto de los demás. Así vemos si la acción nace de una sobreabundancia, de una certeza, o la acción de cada uno de nosotros nace de una carencia que tenemos que llenar, de una inseguridad que tenemos que vencer. Por eso, viendo a los hijos, que están como desarmados, vemos un caso o el otro. Ahí es donde nos damos cuenta de cuál es el punto del que brota la acción, el modo de moverse, el modo de estar en la realidad.

Una de las cosas que más me ha llamado la atención de lo que os decía ayer es esto: tantas veces nuestras acciones nacen de un miedo, porque faltando la certeza de Cristo pensamos vencer esta inseguridad con la acción, pensamos que “algo hay que hacer”. Pero si este es el problema, de nuevo identificamos el remedio con la imagen y la voluntad de remediar, en vez de que la respuesta venga de la certeza de la relación con Cristo. Pero, ¡atentos! Esto no quiere decir que quien habla del amor de Cristo o de lo esencial no se mueve. Parece que si hablas de lo esencial no estás valorando suficientemente lo que hay que hacer. Quien dice esto está considerando de un modo abstracto la vida. Decidme: cuando os ha sucedido algo significativo en la vida, como cuando os habéis enamorado, cuando habéis descubierto algo que era fundamental para vuestra vida, ¿os ha paralizado, os ha supuesto no hacer, o más bien os ha llenado el depósito de gasolina? Pensar de otro modo es una abstracción, siempre. Es separar una cosa de la experiencia.

Pensemos en San Pablo, que afirma lo esencial. ¿Había algo más decisivo para San Pablo que Cristo? Y esto, ¿le ha paralizado? ¿O es precisamente lo esencial lo que le ha impulsado a llenar todo, desde Jerusalén al Ilírico, de la presencia de Cristo? Es esta falta de pasión, esta falta de urgencia, lo que hace que no nos movamos. El problema no es que yo ponga mi esperanza en lo que hago. Con lo esencial yo ya tengo lo que necesito para vivir y si puedo hacer una cosa la hago, y si no la puedo hacer, no la hago. Y no me ahogo por ello. El ejemplo más claro de esto lo tenemos en la gente que está en la cárcel y que hemos conocido en los últimos años. Uno se encuentra con el movimiento y sucede algo tan absolutamente único que le cambia. ¿Cuál es el signo? Que llega al juicio y el abogado le dice, presentando su estrategia: “tenemos que decir que tú no eras consciente de lo que habías hecho”. En un cierto momento nuestro amigo se levanta y dice: “no es así, quiero hablar”. “Después de lo que a mí me ha pasado en la vida ya no puedo aceptar esto, yo era verdaderamente consciente de lo que hacía”. Consecuencia: diez años más de cárcel. Él no era un ingenuo, sabía que le caían diez años más. ¿De dónde nace esta acción? ¿De dónde nace esta libertad? ¿De dónde espera

él la solución de la vida? Y así podría contar una cosa tras otra de las que suceden entre nosotros. Este, delante de la pesadez de la vida cotidiana, ¿tiene que esperar a que se pasen los treinta años de condena o puede vivir ya en el presente de la cosa más crucial, más decisiva que le ha sucedido en la vida? Y por eso es tan libre que su acción nace solo de esta certeza. Por eso, cuando uno escucha estas cosas, como vosotros, se queda alucinado. Imaginaos qué experiencia de Cristo puede hacer una persona para realizar un gesto así. Podemos decir luego lo que queramos: si ha sido ingenuo, si no... os dejo todas las interpretaciones, pero el hecho es el hecho.

Ignacio Carbajosa: Nos dice una persona: *Soy educador. Cuando entro en clase estoy preocupado por transmitir bien la materia que enseño, pero tú nos has dicho que lo primero que hay que hacer es comprender la naturaleza de los desafíos que tenemos delante y yo tengo delante 25 chavales con un corazón como un camión. ¿Qué significa educar teniendo en cuenta la verdadera naturaleza del desafío?*

Julián Carrón: Ayúdales a entender que esta evidencia que tienen ellos de tener un corazón como un camión es verdad. Ayúdales a que esta evidencia crezca, porque esto es lo que Giussani dice, que por el influjo de la mentalidad de todos se ha hecho borrosa y ya no hay evidencia de esto. Y nosotros pensamos que esta falta de evidencia la resolvemos dando contenidos. No, los contenidos desaparecen al primer soplo si esta evidencia no crece. Por eso Giussani nos ha dicho siempre que Cristo ha venido para despertar el sentido religioso, para despertar esta evidencia. ¡Despierta la evidencia en tus chicos y verás qué sucede! Despertadla en vuestros hijos y veréis qué sucede. Si no, cuando tengan que ir a trabajar fuera porque no encuentran trabajo aquí, ¿con qué se encontrarán, cuando no encuentren un contexto como el que tenían antes? Si no tienen la evidencia con la que juzgar todo ni siquiera podrán entender el valor de la propuesta cristiana, fijaos qué importancia tiene para la educación.

Ignacio Carbajosa: Última pregunta. *Nos movemos porque nos sentimos queridos, necesitamos saberlo, necesitamos que alguien nos diga “es bueno que tú existas”. Esta experiencia la hago con mis amigos, en la fraternidad, en la compañía, etc. Pero cuando te oigo intuyo que hay una cosa más grande que me estoy perdiendo, que es un amor mas grande, ¿qué es eso que hace vibrar hasta el fondo, que me haría participar del origen de las cosas y que no llevo a alcanzar?*

Julián Carrón: Eso que hace vibrar los ojos, eso que vibra en el fondo de tus ojos tiernos, esto es lo que hay que mirar, y mirar, y mirar, para no reducir. Solo el que mirando unos ojos se da cuenta de que lo que vibra en ellos es el ser, solo ese no se pierde lo más grande. El ser se documenta delante de nosotros, el misterio del ser se documenta delante de nosotros, no en abstracto, no en una lección filosófica, no en una reflexión teórica sino en el vibrar de las cosas. Si una educación no ayuda a percibir esa vibración sin darla por sabida, si no ayuda a que nos sorprendamos llenos de asombro por esa vibración, que es la modalidad con la que el misterio me facilita su reconocimiento, nos perdemos lo mejor. Es como si los discípulos se quedaran solo en la vibración que les produce la presencia de aquel hombre y no entendieran que allí, que en Él, en aquella humanidad, está vibrando lo Divino, está vibrando Dios. Sin esto, las cosas las vemos como todos, como racionalistas empedernidos. Y luego hablamos de Dios. El dualismo teorizado.

Pero, ¿cuántas veces nosotros nos sorprendemos reconociendo a Dios en el modo de mirar la realidad, cuando miramos los ojos de alguien? O, ¿cuántas veces,

estando juntos, nos damos cuenta de qué es lo que nos hace estar juntos? Son las experiencias que vivimos las que nos despiertan, las que dilatan toda nuestra capacidad de ver. Este es el movimiento que ha empezado Dios en la historia (como nos dice el Papa) para podernos arrastrar, implicar en una relación con Cristo, y que nos enseña a ir hasta el fondo de la realidad. Giussani decía que si miro a una persona en la fe con la presencia de Cristo puedo no quedarme en la apariencia (si me gusta o no, si es simpática o no), puedo llegar a ver el fondo. Esta es la posibilidad de una intensidad de la relación, de una profundidad, de una capacidad de fascinación por lo que tenemos delante que sería imposible para nosotros si no fuéramos introducidos, si Cristo presente no despertara toda la capacidad de ver y por tanto de ir hasta el fondo de la realidad.

Sin la contemporaneidad de Cristo no hay conocimiento verdadero. Nosotros pensamos que el nuestro es el conocimiento verdadero, pero nos equivocamos. Como nos dice Shakespeare, “hay mucha más realidad en el cielo y en la tierra que en nuestra filosofía”. Cuanto más entramos en la relación con Cristo, más nos damos cuenta de que vemos cosas que antes no veíamos. Y así podemos entender que don Giussani no mentía cuando decía aquella frase enigmática: “yo veo cosas que vosotros no veis”. Entonces uno empieza a ver cosas que antes no veía y empieza a asombrarse de cosas en las que antes ni siquiera reparaba. A eso, amigos, estamos invitados: a participar en una modalidad de vivir que es absolutamente incomparable con la experiencia normal del vivir. A quien le interese...

Ignacio Carbajosa: Hay un apéndice a la pregunta. Es una pregunta fuera de concurso... ¡Hay que estar abiertos al imprevisto! Como es una pregunta que se ha repetido mucho y se responde con un monosílabo, te la planteo. Elijo la formulación de un grupo de fraternidad: *Nuestra pregunta es un deseo. En primer lugar, muchas gracias por tu presencia. Nuestro deseo es tan grande que si no vuelves a venir crecerá nuestra nostalgia. Como eso no es muy bueno esperamos que se repita. Entre nosotros hay un clamor popular: “queremos a Carrón en carne mortal”.*

Julián Carrón: Que crezca la nostalgia es la cosa mejor que nos puede pasar, así que cultivemos esa nostalgia y después veremos qué es lo que se puede hacer.